

Leo y disfruto

Lee atentamente el siguiente fragmento de una novela y subraya la información que te permita conocer los lugares del relato.

- Comenta: ¿conoces el mar?, ¿recuerdas la primera vez que lo viste?

Al leer una narración, fíjate en la información que describa el lugar, por ejemplo, sustantivos, adjetivos o adverbios.

Vocabulario

melancolía: tristeza que hace que quien la padece no encuentre diversión en nada.

La niña que salió en busca del mar

Paula Rivera Donoso

Por más que se esforzaba, Adriana no lograba recordar cuándo había sido la primera vez que había visto el mar.

Y es que ella había nacido en el puerto más pequeño de su país, ese que estaba alejado de todos lados y que casi nadie conocía, solo los que vivían en él. Desde muy pequeña se veía jugando en la arena y entre las olas, como si la playa fuera parte del patio de su casa o de su propia familia. Creía conocerlo tan bien como el rostro **melancólico** de su madre o las manos ásperas de su padre.

El puerto era una ciudad de gente grande, de marineros, pescadores y vendedoras de pescado. Personas que, a lo mejor, como se veían tan mayores, habían nacido junto con el mismo mar. La mayoría de ellos tenían los ojos azules, y una señora le había contado a Adriana que eso pasaba solo cuando el mar y la persona unían sus espíritus, después de mucho tiempo.



Los ojos de Adriana eran cafés, como la arena recién humedecida. A la niña le gustaba pensar así, que el color de sus ojos retenía el recuerdo del paso del mar por ella.

Pero, ¿por qué Adriana quería tanto al mar?

Porque era su mejor amigo. Aun cuando conversara siempre con los marinos, los pescadores y las vendedoras de pescado, ellos eran personas mayores; en el puerto no había casi niños. Todos estudiaban en las ciudades del interior, pero la familia de Adriana era muy pobre para mandarla a un colegio, así que la niña estudiaba en su propia casa.

Podía sonar cómodo, pero en realidad Adriana se aburría mucho. ¡Imagínate ir a un colegio que no tenga recreos, o que ni siquiera tenga otros compañeros con los que hacer bromas en medio de las clases! Así era más o menos como se sentía Adriana. Una vez que terminaba de estudiar, no le quedaba más alternativa que salir a la playa o al mercado.

La niña ya se conocía de memoria los puestos de venta, los gritos de las señoras y hasta las caras inexpresivas de los pescados.

En cambio, sentía que nunca terminaba de conocer todo lo que había en la playa. La arena siempre tenía un relieve distinto, como si se tratara de una sábana gigante a la que sacudieran todas las mañanas. Los vuelos de las gaviotas siempre trazaban imágenes distintas en el cielo y sus cantos parecían traer las noticias más actuales del otro lado de la costa.

Detente y piensa
¿Cómo te imaginas
la arena y el cielo?





Detente y piensa

¿Por qué Adriana se imagina el mar como si fuese una persona?



Y el mar, por supuesto. El mar jamás era el mismo, pero no como la arena o las gaviotas, no: el mar era más bien como su papá, que a veces estaba enojado por lo mal que le había ido en la pesca del día y que, otras, estaba feliz por el buen tiempo en el puerto. O como su mamá, que a veces sonreía con pena cuando papá salía de noche con sus amigos a pescar y, en otras, con alegría cuando su hija le traía conchitas de la playa.

El mar era como una persona, pero no como cualquier persona.

Era una persona extraña, de ánimo cambiante, traviesa y enojona. Podía ser un abuelo o un niño, o quizá fuera los dos al mismo tiempo, porque algunos abuelos se ponían infantiles y algunos niños eran serios como ancianos. Sí: el mar era joven y viejo a la vez. Llevaba quizá cuántos años existiendo (a lo mejor era aún más antiguo que el más antiguo de los pescadores), pero seguía estando tan fresco como si acabara de nacer.

A Adriana le gustaba imaginárselo como un niño, pero no como cualquier niño. El mar era su amigo, el único que tenía y —al menos eso se decía a sí misma— el mejor que una niña pudiera desear. No el mejor en el sentido de que siempre estuviera dispuesto a jugar con ella o que fuera de lo más original en sus juegos. De hecho, a veces amanecía muy molesto, y sus olas reventaban con furia sobre la costa, impidiéndole acercarse a él para saludarlo. Cuando eso pasaba, sus padres le prohibían bajar a la playa, por lo que Adriana se quedaba mirándolo de lejos desde la cuesta.

Otras veces, generalmente cuando amanecía muy tranquilo, sus olas eran tan pasivas que resultaba aburrido jugar en ellas.

Todas llegaban con el mismo ritmo y sonido bajo sus pies, como si su mar estuviera aún medio adormilado y esos fueran sus ronquidos. Así, lo que Adriana más valoraba de su amigo eran otras cosas.

Valoraba, por ejemplo, que fuera siempre fiel. La niña estaba acostumbrada a que cada año llegaran de vacaciones familias con sus hijos.

Cuando era más chica, al principio se había puesto muy feliz, porque eso significaba que por fin conocería a otros niños con los que compartir. Pero al final del verano, las familias se iban y el puerto quedaba igual que siempre. Adriana ya no se ilusionaba cuando llegaban estas personas, porque sabía que solo estarían allí un tiempo. Además, solía ser gente muy pesada, que miraba al puerto y sus habitantes con desprecio.

Cuando terminaba el verano, la playa quedaba llena de basura, la que a veces enfermaba a los peces y a las aves marinas, y que siempre enojaba muchísimo al mar.

Porque él, a diferencia de estas personas desagradables, vivía en el puerto, como ella. Él nunca se iría de ahí. Incluso, una vez Adriana había oído que los marineros contaban que el mar se quedaría en el mismo lugar aun cuando todos ellos murieran, aunque toda la humanidad dejara de existir. ¡Eso sí que era fidelidad al hogar! Adriana, cuando oyó eso, sintió un respeto absoluto por su amigo.

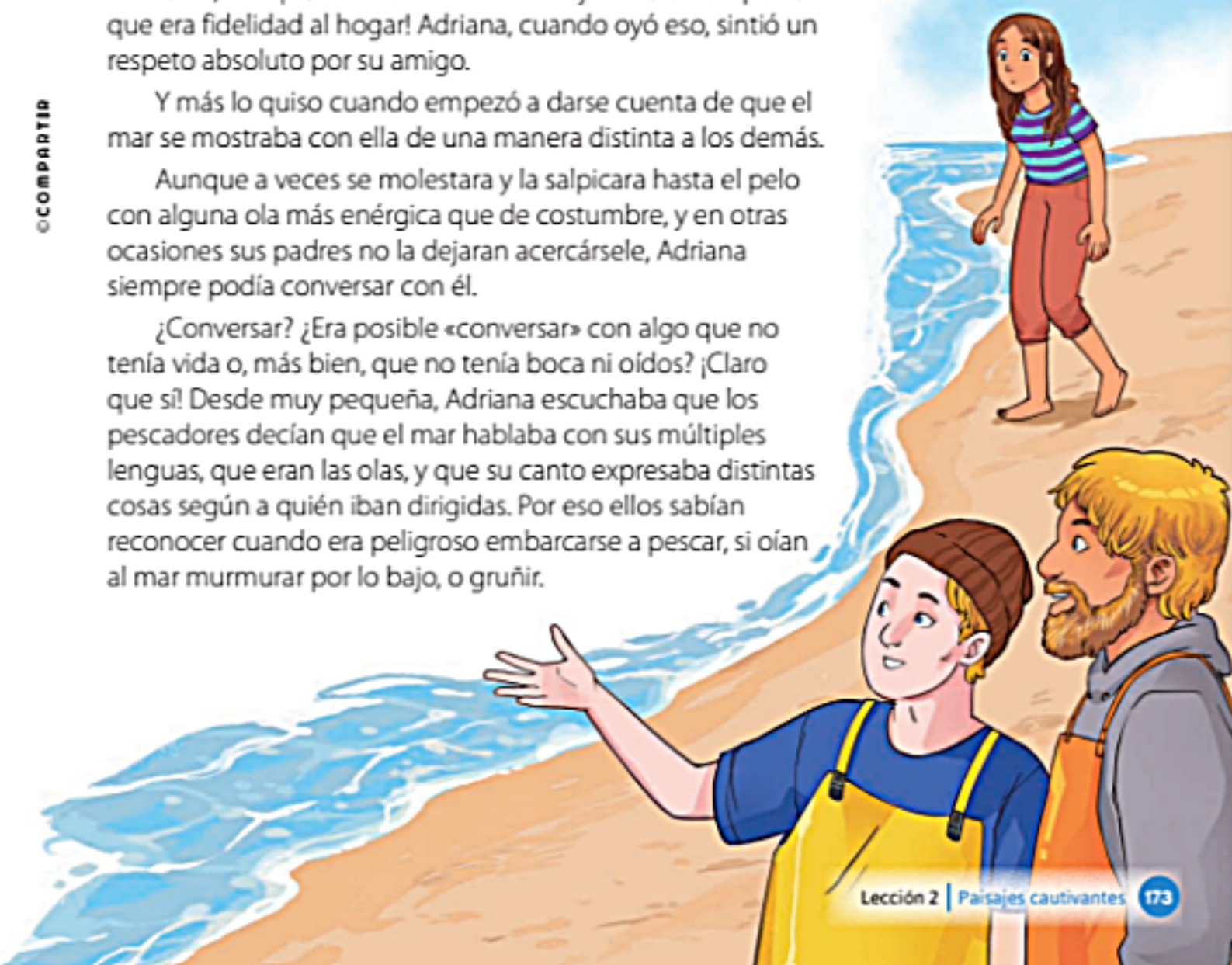
Y más lo quiso cuando empezó a darse cuenta de que el mar se mostraba con ella de una manera distinta a los demás.

Aunque a veces se molestara y la salpicara hasta el pelo con alguna ola más enérgica que de costumbre, y en otras ocasiones sus padres no la dejaran acercársele, Adriana siempre podía conversar con él.

¿Conversar? ¿Era posible «conversar» con algo que no tenía vida o, más bien, que no tenía boca ni oídos? ¡Claro que sí! Desde muy pequeña, Adriana escuchaba que los pescadores decían que el mar hablaba con sus múltiples lenguas, que eran las olas, y que su canto expresaba distintas cosas según a quién iban dirigidas. Por eso ellos sabían reconocer cuando era peligroso embarcarse a pescar, si oían al mar murmurar por lo bajo, o gruñir.

Detente y piensa

¿Cómo se siente Adriana con la llegada de los visitantes?





Detente y piensa

¿Cómo te imaginas la voz del mar?

Vocabulario

sisear: emitir repetidamente el sonido inarticulado de *s* y *ch*.

encabritado: hacer que un objeto levante su parte delantera súbitamente hacia arriba.



«No se me acerquen», parecía que les dijera entonces: «No estoy de humor para aguantar esos botecitos recorriéndome la espalda». Pero a Adriana las olas le decían otras cosas muy distintas.

En realidad, lo que ella oía no eran palabras como las de las personas. Por eso al principio le había costado comprender lo que decían los pescadores sobre el mar. Ella solo oía el rugido de las olas estrellándose contra la costa y después el **siseo** de cuando se retiraban. Con el tiempo, supo que la gente del puerto interpretaba estos sonidos basándose en el clima. Por ejemplo, no era que el mar para ellos estuviera realmente enojado, sino que se aproximaba una tormenta. Así, Adriana, que nunca había interpretado nada, comprendió que ella de verdad entendía el lenguaje del mar porque no necesitaba traducir el bullicio de las olas.

Por otra parte, ella siempre habló con el mar en su propio idioma y estaba segura de que el mar siempre la entendía; eso se lo demostraba mandándole olas más o menos intensas en respuesta a cada vez que ella le decía algo. Además, a Adriana no le interesaba oír el canto del mar para saber si era seguro salir a pescar o si el día iba a estar despejado o nublado. A ella no le importaba eso, porque no veía al mar como algo de lo que sacar provecho. En eso, quizá, los pescadores, los marineros y las vendedoras de pescado no fueran tan diferentes a las familias veraneantes: todos valoraban al mar solo por aquello que él podía darles para beneficiarlos.

Como fuera, todo el pueblo comentaba que Adriana y el mar eran inseparables. Y aunque su padre la amenazara con que un día las olas la arrastrarían consigo y la transformarían en sirena, para ya nunca volver a su vida de niña humana, la chica no se dejaba asustar. Ella sentía que podía perderlo todo, menos el mar mismo. Y sabía que él debía sentir algo parecido, ya que todas las veces que había estado muy enferma en cama, por varias semanas, las olas se habían **encabritado**. Que dijeran todos que eran anuncios de

tormentas que no tendrían por qué suceder en esa época del año: Adriana sabía que eran los lamentos rabiosos de su amigo, que no entendía la prolongada ausencia de la niña en sus costas.

Pero siempre ella se mejoraba de salud y volvía a la playa.

Entonces las olas acudían suaves a sus pies descalzos y se le enroscaban en sus dedos sonrosados por el frío.

«...Ssss...fff...».

—Hola, mar: ya me mejoré.

Así pasaban los tranquilos días de Adriana en el puerto. Su mayor aventura era salir temprano cada mañana, después de sus obligaciones, en dirección a la playa. ¿Cómo habría amanecido su querido mar? ¿Qué tan violentas estarían sus olas? ¿De qué color se verían sus aguas? Y es que, aunque ella fuese la que más conociera al mar de todos los habitantes de la zona, lo cierto era que él siempre había sido un completo **enigma**. ¿Y qué más misterioso que hubiera decidido entregarle su amistad a una niña humana? Pero eso era precisamente lo que lo hacía todo más entretenido: que los días fueran siempre distintos por el ánimo del mar, pero a la vez iguales, porque siempre estaba la misma oportunidad de diversión y aventura.

Vocabulario

enigma: suceso o comportamiento que difícilmente puede entenderse.

En *La niña que salió en busca del mar* (Fragmento y adaptación).

